

# Dos minificciones sobre el vuelo

*Abraham Truxillo*

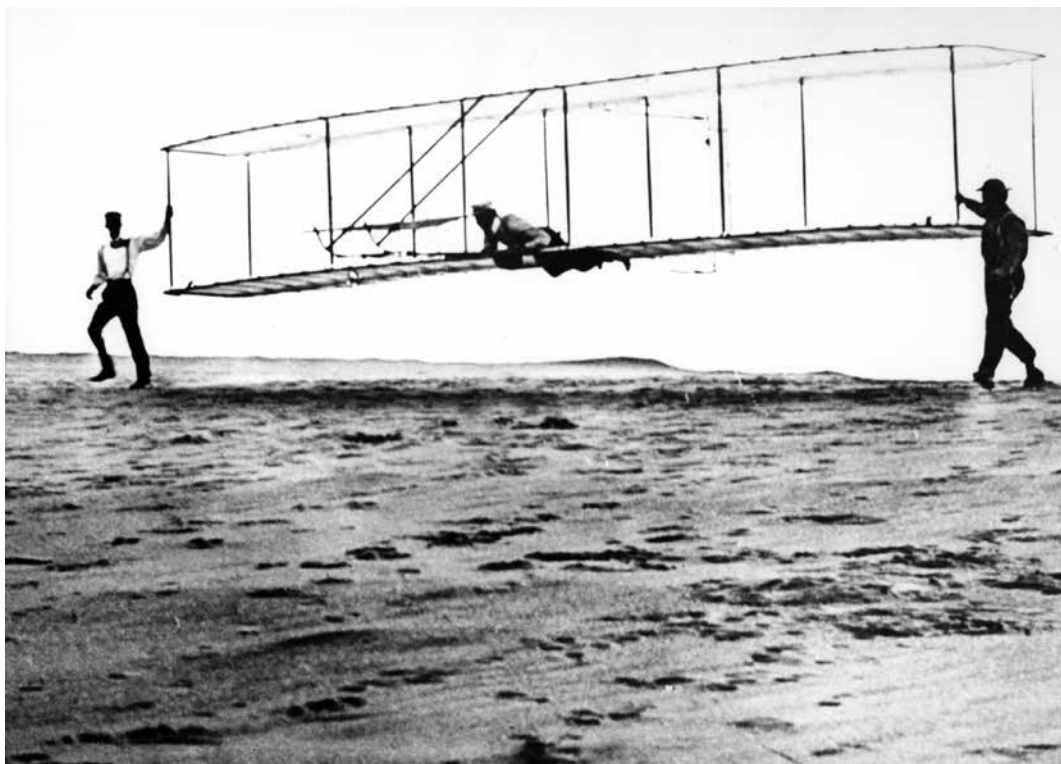


## **Onomatopeya**

Los aeroplanos sólo conocen una letra, cuya elocución les basta para lograr el prodigio del vuelo. No siempre fue así. En el principio, los aeroplanos poseían un lenguaje y no volaban. Su idioma era bello, formado por sonidos suaves y vibrantes que se sucedían con armonía. Sus palabras designaban realidades sutiles tanto del mundo concreto como del abstracto. El pueblo de los aeroplanos floreció en urbes fabulosas donde adoraron a las potencias del vértigo y el aire.

Sin embargo, durante siglos, aeroplanos aberrantes habían indagado verdades ocultas, ensayado nombres prohibidos en busca del conocimiento que los acercara a las deidades. Un día, finalmente, toda la civilización fue turbada por el aciago descubrimiento. Soberbias generaciones olvidaron ser y memoria, azoradas por el placer que proporcionaba esta falsa elevación. Extasiados en recorrer los cielos sin el peso de su ser, abandonaron sus ciudades y se desconocieron los unos a los otros.

Por eso, el pueblo de los aeroplanos vive hoy una existencia triste de artificio, y olvidada su lengua, conjuran el vuelo sin saber que nombran al escarabajo mítico.



### **Bala de cañón**

La bala de cañón es perfecta y desafía todos los órdenes conocidos. Su forma es garantía de justicia: no tiene adelante ni atrás, no tiene arriba ni abajo, no tiene un lado más grande que el otro, no tiene la belleza en el interior ni en el exterior. Su belleza está en la armonía de sus entrañas, en el equilibrio rotundo de su ser.

Alegoría del justo medio, la bala de cañón es noble en todo sus átomos de plomo. En gracia y altivez no tiene comparación. Ostenta siempre un color negro alegría que la vuelve inconfundible.

Sin embargo, a pesar de su equilibrio y perfección, la bala de cañón está condenada a perder la dirección de sus pasos. Su única posibilidad es la tragedia. Debe someterse a voluntades ajenas y malignas que la guiarán de manera inexorable. La bala de cañón aguarda toda su vida para la brevedad de un estruendo, y lo asume con una rigidez que no admite pero ni vacilación. Cuando llega la hora, la bala de cañón cumple con estoicismo su destino, sólo para ser olvidada, o para vivir en la triste memoria de aquellos que la recordarán con rencor. Por eso, no puede esconder nunca la pesadez de su existencia.

La bala de cañón acepta su fortuna, pero su causa ha sido la de aquellos que la controlan. En el instante último, desafía una vez más todo conocimiento y toda ley y cumple su causa más íntima. Se eleva con todo su ser de plomo, abandona la superficie que la ata y logra el prodigio.

Muere de una sola palabra, libre como nunca antes, pero cierta que no conseguirá la redención. ▀